

ISIDORA AGUIRRE

EL ADELANTADO

**Vida novelada de
don Diego de Almagro**

Isidora Aguirre

EL ADELANTADO DON DIEGO DE ALMAGRO,

Un tal Oviedo que fue su amigo, dejó de don Diego esta noticia:

"Yo no he visto capitán general ni particular, acá ni por donde he andado (que ha sido por muchas partes del mundo), que no quisiese más para sí que para sus soldados ni su príncipe, sino éste: que si todo cuanto oro e plata e perlas e piedras preciosas hay en esas Indias e fuera de ellas llas, estuvieran en su poder y determinación, no osase dar primeramente a su rey, e después a sus militares e después a cuantos lo hubieran menester, e lo menos guardara para sí, sino con propósito de darlo..."

PROLOGO

A ocho días del mes de Febrero de 1537 regresaba Diego de Almagro de la expedición de descubrimiento y toma de posesión, de la Gobernación de la Nueva Toledo que luego llamaron "Reino de Chile". Al partir desde la ciudad del Cuzco -donde tenía residencia-, pasaba ya en edad el medio siglo y poseía riquezas como para regresar a España y disfrutar de una regalada existencia. Sin embargo, una vez más expuso vida y fortuna, como antes lo hiciera al emprender junto a Pizarro la conquista del Imperio Incaico.

Se internaba ahora en las tierras más australes del continente que Colón llamó "las Indias", y luego "América", por el italiano Américo Vespucio, el primero en comprender que no se trataba de unas islas o la India, sino de un vasto continente. Su fama se extendió por Europa gracias a las cartas que escribía a los Medici, sus protectores. Tanto ponderó la exuberancia de aquellos parajes y la vida idílica de sus habitantes que pensaron que se trataba del Paraíso Terrenal iel que aún seguían buscando! En fama superó por ello a Colón, cuanto no en mérito, por lo que dieron su nombre al Nuevo Mundo. Sin embargo, don Cristóbal se aventuró antes que nadie en esos desconocidos mares, luego de realizar

infinitos trámites en la Corte de España y ¡justo fuese que el nuevo continente llevara su nombre! Más aún, porque sin su riesgosa travesía los portugueses con quienes viajó Vespucio no se hubieran aventurado tan lejos. Y no sólo él sufrió tal injusticia: el caballero Vasco Nuñez de Balboa que avistó desde las costas de Panamá el Océano Pacífico, al que llamó Mar del Sur, fue condenado a morir, víctima de las envidias y rivalidades que suscitaba la conquista. Pero con reconocimiento o sin él, mucho debe la humanidad a Colón, a Balboa y a don Hernando de Magallanes que poco después que él, avistara ese Océano por el estrecho sureño: gracias a sus descubrimientos supieron los navegantes que no se acababa el mundo en aquellos confines, que no hay abismos ni monstruos que se traguen los barcos que se aventuren más allá de los límites que indican sus mapas.

* * *

PRIMERA PARTE

1 *Diego, de vuelta al Perú de la expedición de descubrimiento, se detiene en la villa de Urcos.*

Vino a Urcos, a su encuentro, Malgárida, la bella esclava negra que tomó Diego tiempo atrás para criar a su hijo, y que ahora a él le brinda sus tiernos cuidados. Vino, alarmada, trayendo brebajes y medicinas pues se decía en el Cuzco que llegaba Diego tan enfermo de aquella expedición que por milagro lo hallaría con vida. Pero a él sólo le dijo: "Vine porque ansiaba verte, mi señor, luego de tanta ausencia..." Aunque nunca la tuvo Diego como esclava, lo llama "mi señor" porque halla gusto en servirle y también, dice ella, por sus sentimientos, "los que él bien conoce."

Ya ha visto Malgárida que no habrá duelo por su señor, pero la inquietan unos soldados apostados frente a la posada, enviados por el gobernador del Cuzco para vigilarlo.

-¿Cómo te ofende así don Francisco Pizarro -le dice-, siendo tu socio y tan tu amigo?

-Cuando andaba yo en el sur -explica él-, Francisco partió a Lima, la que llaman La Ciudad de los Reyes, y dejó la gobernación del Cuzco a cargo de su hermano Hernando.

Y como se ofende Malgárida más que su señor por las ofensas que a él le hacen, salió a dar voces a los soldados, que "mal hacen en vigilar al Capitán Almagro como si fuese un criminal siendo que antes sirvieron bajo su mando..." Responden ellos que cumplen órdenes y que ignoran cuál es su delito y ella que es "el de tener un corazón blando en tiempos crueles..."

Además de tomar descanso y darlo a sus soldados, Diego tiene nuevos motivos para demorar la entrada al Cuzco: hay rumores de una sublevación de los indios provocada por el mal gobierno de Hernando Pizarro.

-Me extraña -le dice a Malgárida-, que Francisco no responda a los mensajes que envié avisándole mi regreso.

Piensa ella que quizá no se encuentre en Lima, pero Diego está cierto que se halle donde se halle, más de alguno le habrá dado ya noticias sobre su expedición y sabrá que no dio ésta los frutos esperados. Y se inquieta al preguntarse si su socio deseaba que permaneciera él en las tierras del sur ejerciendo el cargo de Adelantado, esto por ciertas habladurías que ya corren: "que si Francisco Pizarro le trajo de España el nombramiento de Adelantado de aquella Gobernación, fue con el solo propósito de mantenerlo alejado del Perú... y quedar él con el mando absoluto en esa rica colonia que en-

conquistaron."

Aunque siempre hay un fondo de verdad en las maledicencias, -y sabe Diego que las luchas por el poder son cosa frecuente en el Nuevo Mundo-, la nobleza de su carácter que le hace atribuir a otros igual derechura, le impide creer en tan torcidas intenciones. ¿Cómo, si la amistad que lo une a Francisco es tan estrecha, que de ellos suelen decir: "Pizarro yu Almagro son un solo hombre con dos cuerpos?"

Pero no deja de perturbarlo el silencio de su socio. Le comenta a Malgárida que no entiende por qué razón no ha venido a entregarle la gobernación del Cuzco, ya que de no tenerla Francisco, según cédula real, a él le corresponde, y no a un advenedizo como Hernando que tan mal la ejerce.

-Ten por cierto mi señor que en todo apoyará él a su hermano... y ipor Mandinga y los cuernnos de Satanás! ese hombre Hernando, nunca te quiso bien.- Y al burlarse él de sus maldiciones, pregunta ella:- ¿Y de quién lo aprendí? ¿No sueles decir "voto al diablo y maldigo por putas viejas" por haber venido a América?

-Pero amo esas tierras,- confiesa Diego-, como amo a mis hijos nacidos de madre india. Con ellos sellé un pacto entre el mundo que dejé y éste, que tantos trabajos me da... Maldición es este vivir tan largo. Pocos aquí

alcanzan la edad madura...

-Añoso, y a pesar de ese mal que te aflige ¡superas en empuje a los jóvenes! -protesta ella, mientras prepara sus brebajes de curandera-: Lo prueba tu resistencia en esa expedición. ¡Grande hazaña fue la tuya!

-En la que sólo gané en remordimientos...

-¿Remordimientos, mi señor?

-Por los castigos que tuve que ordenar, mujer, y los abusos que dejé sin castigar.

Y eso, le explica, porque con él fue gente ruda, acostumbrada a saquear. A los cargadores indios los encadenaban con argollas al cuello para que no escaparan: si uno desfallecía, por no abrir las argollas los decapitaban ¡lástima daba ver caer la cabeza de un lado y el cuerpo del otro! En los valles, por tres españoles que les mataron los nativos ¡quemaron vivos a cien de ellos!.. De prohibirlo él, se sublevan y mayores desmanes cometen, pues se internaban a ciegas en esos valles donde "el viento de la fortuna no soplaba a su favor"... Algunos pastores de llamos los auxiliaban con alimentos, pero otros los atacaban o huían con sus cosechas. Para mayor desgracia, el sacerdote del templo incaico, Villac-Umu, que fue a cobrar los tributos que en esas tierras pagan a los Incas, los abandonó llevándose muchos indios de servicio y hubo que cargar con los víveres pues los caballos soportaban apenas al peso

de las armaduras. Estando ya en el valle del río Aconcagua, Felipillo, el indio-lengua, hizo huir a los indios hablándoles de un alzamiento que se preparaba en el Cuzco. Los indios regresaron y no tuvieron castigo, pero Felipillo fue acusado de traición:

-Su vida estaba en mis manos -se duele, Diego-, y me imploraba con lágrimas su perdón. Y yo, que me horroricé en España viendo a los de la Inquisición quemar a sus víctimas ¡dejé que lo enviaran a la hoguera!

-¡Cómo lo permitiste, mi señor, si de su dolor te dolías!

-Sin castigo se alzan los indios, y quién tiene el mando es responsable por su gente. "Tácticas guerreras", lo llaman. Mientras más cadáveres dejas a tu paso, más respeto infundes. Ganas en prestigio ¡y te conviertes en asesino!

-¡Eso nunca, mi señor! Siempre fuiste generoso y compasivo con la gente bajo tu mando.

Piensa Diego que ahí está el mal: la aventura de este Nuevo Mundo, -o en que lo ésta se ha convertido-, se hizo para hombres rudos que despojan y matan sin sentir escrúpulos. ¡Y no es ése el mejor modo que tenga el rey de hacerse súbditos, exterminando a los nativos! O el de imponerles el cristianismo cuando no tienen los indios más noticias de Cristo que las que les llegan con el fuego de los arcabuces.

-¡Nunca debí salir de España! -exclama Diego, presa de amargura-.

-¿Tú, hecho a entrar selvas y navegar sin saber dónde la mar te lleva, a cruzar cordilleras y desiertos? ¡Naciste para realizar grandes hazañas!

-¡Por las que debo muchas muertes!

-En las guerras, el que no mata, muere...

-¡Y yo, vivo estoy!

-¡Y tan sufrido! El que tiene deuda contigo es tu rey: él es quién se lleva los frutos. Y en cuanto a tu socio, don Francisco, desde que trajo a sus hermanos de España ¡sólo por ellos mira! Lo que no justifica que tan mal se comporte contigo. Ha de haber algún malentendido que debes aclarar: ¡ve, pues, a esa ciudad de Lima y le hablas!

Diego guarda silencio. ¿Qué podría decirle? ¿Que recuerde sus pasadas andanzas y que lo hecho, entrambos lo hicieron? ¿Que a no ser por él, que consiguió los dineros para que Francisco viajara a España, no estarían aquí sus hermanos?

-Si por alguna razón le incomoda mi persona -responde al fin-, ¡qué ha de importarle lo que hice ayer! Y ¡maldición! ¿Por qué hemos de estar siempre diciendo "hice esto, hice lo otro"? Bienes y tierras ganadas a la vista quedan, pero lo que hemos hecho o lo que hemos sido, pronto se vuelve humo. -Luego, añorando antiguos tiempos, comenta:- Antes,

si con Francisco teníamos un disgusto, enseguida nos reconciliábamos. Algo debió interponerse entre nosotros...

-¡Entonces, busca ese "algo", mi señor! ¡en tu memoria ha de estar! -exclama ella-.

2 *Diego, buscando en su memoria, revive sus años mozos.*

-Hay peligro en internarse en esos ocultos territorios -le dice a Malgárida-.

-¿De qué hablas, mi señor?

-De la memoria. Con su trasfondo de ausencias, de tiempos idos, de rostros que ya no están ¡la memoria suele causarnos más dolor que dicha!

-No lo veo así, mi señor -lo contradice ella-. Pienso que los bellos recuerdos no se han de olvidar.

-Eso, porque eres joven, mujer. Pero yo maldigo a veces la memoria... En el ocaso de la vida se complace en mostrarnos luminosos cuadros de nuestras mocedades, ¡pero no se cuida de afligirnos al mostrarnos también los despojos que nos hace el tiempo! Mucho duele haber perdido aquellos días venturosos...

-Si pobreza fue perderlos, mi señor ¿no es riqueza haberlos vivido?

No le falta razón, se conforma Diego, y se pregunta si el pasado no nos pertenece. Porque ¿acaso no somos, también "todo lo que antes hemos sido?"

-¡Lo que antes fuimos, Malgárida! -exclama- ¿Qué fue del hombre que desembarcó en el Nuevo Mundo, lleno de ilusiones, qué fue del mozo que vagaba por la villa de Almagro, sin fortuna, pero libre de remordimientos?

Y de pronto la memoria, como si alas tuviera, lo lleva hasta esas calles que entonces anduvo, y ante Malgárida se da a evocar sus mocedades:

-¡Almagro, mi villa! ¡Como a una novia la recuerdo! Blanca y serena, joya engarzada en la llanura manchega. ¡No hay quién hijodalgo no se considere por haber nacido en ella! Por sus familias linajudas y su castillo, el de los señores de Calatrava, entre ellos, ese Rodrigo Tellez Jirón del que decían "en edad muy tierno, pero en valor extremado." Era su copero mayor, Joan de Montenegro, el que aseguran que fue mi padre. Familia de labriegos, ni moros ni judíos, sino cristianos viejos, como lo era la familia de doña Elvira Gutiérrez... a quién el copero enamoró. Pero estando ella ya otorgada para desposarse, el hombre "cobró por adelantado" y la cuitada vio hincharse su vientre. Al hablar de boda, mi padre no cumplió su palabra: pidió ciertos dineros de la heredad de doña Elvira, y la

familia se opuso a darlos. De ese modo, entrambos, familia y copero hicieron de mí un bastardo!

Luego, melancólico le comenta que de nada sirvió que un tal Pedro Gómez, tomando la defensa de doña Elvira, con quién tenía algún parentesco, se diera de cuchilladas con el que no cumplió su promesa. Le confió doña Elvira, dolida y avergonzada, a su hermano Hernán Gutiérrez, a cuyo cargo dejaron al pequeño Diego: "Ese hombre, Joan de Montenegro, me aseguró que no había mal en ello, que como a su esposa ya me veía, y si era pecado adelantarse a la noche de bodas, las bendiciones del cura lo borraban. Cuando sintió él nacer en mí el deseo, me dice: ¡se revuelve la sangre al no hacer lo que el cuerpo pide!" Y para que no se enteraran los de la villa, la enviaron a parir a una aldea vecina, y su criada Sancha cargó con el niño...

-¡Esa fue, pues, mi primera desventura, venir al mundo en un vientre avergonzado!- se queja Diego-

En cuanto se repuso doña Elvira, se dieron prisa en desposarla con un hombre de bien para salvar la honra de la familia. Como aquel tío materno no le daba buen trato, se dio el muchacho a vagar por las calles de Almagro: ¡más quiso a su villa y más fue su amiga que aquel que le brindaba un techo! -
"Por nada me ponía en el cepo y nunca me ense-

Ñó las letras: "para trabajar, me decía, sólo has de saber contar los maravedíes".

Y siguiendo con su relato, le cuenta cómo siendo recadero, luego de perder al juego lo que le dieron para comprar vino, no se atrevió a regresar donde su amo.

-Dejé entonces la villa de Almagro y en mis vagancias llegué a Ciudad Real donde vivía mi madre, ya casada con aquel hombre de bien. Fui más por verla que por solicitar ayuda o decirle adiós. ¡Qué bella me pareció! Ansiaba oírla decir "hijo ¿cómo estás"? O echarse llorando en mis brazos, diciendo que no tuvo culpa de aquel abandono, o escuchar de sus labios lo que las madres dicen a los hijos, que los quieren, que se cuiden, que de ellos esperan grandes cosas. Pero no ocurrió así, salió a la puerta y exclamó: "Hijo ¡no me des más trabajo! Toma este pan y estas monedas y vete. ¡Ayúdete Dios a tu ventura!"

Se compadece ella de su suerte y lo anima a continuar su relato:

-Mozo ya, anduve en las guerras en las que por un sueldo magro, y magro sustento, se ha de arriesgar la vida ¡y matar a otros que arriesgan la suya! Tenía poco más de 30 años cuando vine al Istmo de Panamá: estando en Sevilla la justicia me buscaba por una reyer-ta, cosa de mujeres, por lo que el Alcalde a quién servía, me hizo embarcar en calidad de colono en una expedición al mando de un tal

Pedro Arias, o "Pedrarias". El día 11 de Abril del año de 1514, zarparon del puerto de Sanlúcar de Barrameda 15 naos. Expedición, proclamaron, "ordenada por el rey Fernando el Católico para llevar a cabo la colonización de las Indias en mejor forma que lo hecho hasta hoy..."

Sonríe, burlándose y comenta:

-El que iba en calidad de colono debía llevar instrumentos de labranza para cultivar la tierra, levantar casa y fundar familia. ¡Y armas! que allí se corría gran peligro. Pregunté cómo, sabiendo del peligro, tantos se embarcaban: "Algunos, me dijeron, tienen deudas con la justicia, otros lo hacen por huir de la vieja Europa: ien sus arsenales hay pólvora como para hacerla estallar! Se teme que al perfeccionarse las armas con los avances de la ciencia, vuela la humanidad en pedazos." Luego supe que muchos veían en el Nuevo Mundo refugio contra las guerras, o contra la corrupción: el amor libre ya era costumbre y con la promiscuidad, el mal de sífilis que llegó a España desde Napoles, hacía estragos. Aunque, quizá el motivo más común era el oro, o la esperanza de hallarlo. Pero las razones que daba el católico rey Fernando eran más santas: "salvar a los nativos paganos, haciéndoles cristianos", pues se aseguraba que no tenían más espíritu que los animales, que carecían de moral, que

andaban desnudos, y que ofrecían a sus dioses sacrificios humanos.

Se sorprende Malgárida que tal cosa se dijera, pues ya han visto los extranjeros que los habitantes del Nuevo Mundo, como aún lollaman, ni son tan bárbaros ni carecen de un alma.

-Me doy a pensar y con indulgencia -dice Diego-, que quizá el católico rey Fernando, contento con la grandeza que le dan sus vastas posesiones, el prestigio que ello supone ante la Europa y el oro que los barcos le llevan! no piensa en los abusos que aquí se cometen, que quizá los ignora... O me doy a pensar mal, y me digo que más bien iprefiere ignorarlos! Porque sus buenas intenciones, si es que las tuvo, se rompieron. Deprimido exclama:

-¡No llegamos al Nuevo Mundo a salvar almas, sino a invadir! No vinimos en son de paz isino de guerra!

3 *Cómo vieron, y cómo sufrieron los nativos de las islas a los descubridores, según dejaron constancia sus hombres sabios.*

"En un comienzo, al ver desembarcar a esos hombres barbados de sus grandes navíos de alas blancas, antes nunca vistas, exclamaban, sorprendidos:

-Dioses han de ser...

-¡De la espuma nacen!

-¡No tienen otra cuna!"

"Pero, andando el tiempo, al ver que cometían con ellos muchas atrocidades y los despojaban de cuanto tenían, se dijeron:

-Llegaron éstos como pumas de muchos días hambrientos...

-¡Y otra cosa no hacen sino afligirnos y destruirnos!

-¡Demonios son y no dioses!"

4. Diego reflexiona sobre su descubrimiento.

Debo decir que nuestra aventura al internarnos hacia el sur, más que descubrimiento fue toma de posesión de aquellos territorios para la corona española, pues descubiertos ya estaban, que antes que tal misión me fuese encomendada, más de un español llegó hasta el valle del Aconcagua ilusionado por lo que de aquellas tierras se decía, "que había muchísimo oro..." Hasta se pensó que parte del que se encuentra en el Perú provenía de los tributos que allá cobraba el Inca.

Dudaba yo en emprender la expedición, que en ella se me iba muchísima fortuna: algunos podían costear caballos y arreos, pero hubo que fundir 120 cargas de plata y 20 de oro para equipar a los soldados. Lo que me decidió a emprenderla fue el ver que muchos hidalgos que consumían sus días en la miseria, estaban ganosos de servir a su majestad y hallar a la vez sustento: ¡esperaba darles en la nueva colonia, tierras... y oro!

Y sobre la expedición, diré en breve lo que fue largo en tiempo y abundante en penurias. Partimos del Cuzco a inicios del mes de Julio del año ~~del año~~ de 1535 con poco más de 50 hombres, luego otros contingentes se nos fueron agregando, soldados, indios yanaconas y esclavos negros.

Anduvimos mucho camino áspero y despoblado, cruzamos llanuras estériles y cumbres nevadas: a los 4 meses aún no recorriamos la mitad del camino pues al ir tan necesitados de víveres, donde había siembras de maíz acampábamos aguardando que madurase el grano. Muy dura fue la travesía de las cordilleras: al cruzar las cumbres heladas, más de uno de los nobles caballeros que vinieron conmigo al quitarse las botas se arrancaban sin sentirlo los dedos de los pies! O nos sorprendían avalanchas y debíamos andar todo un día en el agua, tanto que por momentos, agobiados por el hambre y el cansancio la expedición nos pareció perdida! Una sola noche en que pernoctamos a unos cuatro mil metros de altura, algunos murieron por el frío glacial. Más aún lo padecían los yanaconas con sus ropas ligeras: partía el alma verlos llorar como niños, maldiciendo a quiénes los sacaron de sus tierras...

Al entrar propiamente al Reino de Chile, en el valle de Copiapó, me gané la amistad de sus gentes reponiendo a un joven cacique que había sido depuesto, y de él recibimos auxilio en ropas y alimento, pero otros se mostraron hostiles, nos mataban los caballos y hasta a algún yanacona que, empujado por el hambre, iba a robar de sus cosechas. Las sublevaciones de los indios me forzaban a imponer castigos a fin de mantener la disci-

plina y en cuanto a mis soldados, eran tan grandes sus padecimientos que debía mostrar indulgencia ante sus desmanes, de otro modo el descontento los haría desertar ya que no abundaba el oro y sí las desventuras! Cuando los indios que hallábamos en el camino se negaban a proporcionar víveres, deshacían los soldados sus casas para leña, tomaban a sus mujeres, o cometían mayores crueldades.

Llegados al valle de Aconcagua convinimos en que el clima era suave, benigno, fértiles sus suelos, pero que el país carecía de ciudades y de riquezas. Sus habitantes eran pobres agricultores agrupados en humildes caseríos. Más al sur fuimos atacados por tribus guerreras, quizá las mismas que derrotaron al ejército del Inca cuando se internó más allá del río Maule, los fieros "mapuches", hombres se dicen, de la tierra. Prefieren morir antes que ser despojados de esas tierras que consideran sagradas pues en ellas mora el espíritu de sus antepasados.

Y refiriéndome a los que antes llegaron al valle del Aconcagua, nos salió a recibir un español de nombre Gonzalo Calvo: a modo de castigo -no diré su delito, carece de importancia-, Pizarro le mandó cortar las orejas y para no exhibir la afrenta ante los suyos huyó hacia el sur. Luego de algunos padecimientos llegó al valle del Aconcagua donde era muy estimado por el *curaca*, el gobernador

del Inca en esa región, a cuyo servicio estaba. Lo convenció Calvo que era inútil oponerme resistencia, que ganaría con mi amistad en dádivas y servicios, por lo que vinieron los emisarios del curaca a rendirme homenaje y ponerse a mis órdenes. Agradecido le traje conmigo al Perú. Ahora oculta con graciosa gorra la afrenta. Desorejado el hombre, pero no sordo, que bien escucha cuando le hago mis dictados.

Desde ese valle dispuse expediciones al sur para reconocer el país hasta el Estrecho descubierta por Magallanes. Al cruzar el Maule los expedicionarios fueron atacados por unos indios a los que lograron vencer, pero en la confluencia de dos ríos más al sur, les salió al paso un cuerpo numeroso y bien organizado de guerreros: de su empuje sólo se salvaron al ir montados y protegidos por sus armaduras. Atacaron los indios con astucia y coraje y luego de largo combate se retiraron dejando gran número de muertos. Hasta ahí llegó la expedición, pues el que iba al mando, Gomez de Alvarado, temiendo nuevos ataques, regresó al valle del Aconcagua. Y como se sumara al frío y lluvioso invierno, la resistencia de esos guerreros -y el no haber hallado el oro que ansiaban-, cundió entre todos el desánimo. Me arrepentí yo mismo de haberle encargado a Ruy Díaz que trajera a mi hijo en el barco que nos envia-

ron con refuerzos. Deseaba que el mocito sirviera desde temprana edad a su emperador, pero lo expuse a muchas fatigas: por el mal estado del barco, Ruy Díaz desembarcó en el norte y hubo de atravesar los desiertos de la costa con mil dificultades, y a poco de llegar mi hijo, emprendimos el regreso. Deseaba permanecer más tiempo en aquellas regiones a fin de fundar pueblos, pero mis acompañantes no ocultaban el descontento y me representaban la pobreza en que nos hallábamos luego de invertir tal fortuna en la expedición.

Para evitar las nieves regresamos por los desiertos de la costa, soportando larguísimas jornadas bajo un sol abrasador, sin agua y sin víveres.

Al partir, contenté a mis soldados rompiendo ante sus ojos las escrituras por adelantos de dineros concedidos, diciendo que no deseaba riquezas sino para darlas.

Como un triste epílogo, diré, que de más de 500 españoles que participaron en la expedición, 47 dejaron allá sus huesos.

5 -Diego revive su amistad con Pizarro.

Buscando -como me urge Malgárida-, ese "algo" que ha de estar en mi memoria, me remonté a los inicios de mi amistad con Francisco Pizarro. Lo conocí a poco de llegar al Istmo de Panamá donde me asignaron una finca para trabajar la tierra. Ya mucho se hablaba de su persona, pero entonces se decía de él "más bien que mal", lo que ahora no ocurre. También le habían hablado a Francisco de mi habilidad para reunir dinero, el que mucho ansiaba en su afán de explorar el Continente, por lo que el trato fue cordial y pronto nos dimos a las confidencias.

Cuando quiso saber cómo se me daba la vida en esos trópicos, repuse con la verdad: "De ser en España poco más que un esclavo, hoy vivo entre palmeras mecidas por el viento, y para descansar de mis labores, entro en ese mar tibio que nos deleita". Preguntó que cuántos esclavos trabajaban en mi finca:

-Labriegos, -corregí-. Vine para estar entre gente libre, y serlo yo mismo.

-Libre y gran señor -dijo él-. Aquí el peligro acecha: el soldado se baña en ese mar que os deleita ¡con la espada al cinto! Pero se hacen fortunas. No la he hecho yo, pero sé obtener permisos de descubrimiento para llegar a ser gran señor.

-Soy hijo natural -le confieso-. Almagro era el nombre de mi villa...

-Tal es mi condición -dice él:- fruto soy de los amores de un coronel de infantería de Trujillo. Fui abandonado en la puerta de un convento y criado con leche de puerca... -Y burlándose, agrega:- Lo que marcó mi destino. Desde niño me pusieron a cuidar cerdos y los que me malquieren, me llaman *el porquerizo*...

Pensando ya en mí como en un aliado, le pidió a una de sus indias de servicio, una princesa, dijo, a la que había hecho bautizar como Ana Martínez, que me sirviera un brebaje preparado con un grano que llaman "café", desconocido en Europa. Esperaba exportarlo a fin de reunir dinero para explorar. Más que pensar en exploraciones o en el brebaje iquéde deslumbrado con su princesa! Nada dije pensando que quizá era su manceba, pero esa joven tan galana y graciosa, a quién no pareció disgustarle mi presencia, que estuvo allí largo rato ime hizo concebir otro tipo de sueños! Disimulando mi turbación, reinicié la interrumpida charla: "¿Y qué ocurrió, don Francisco, con el chaval ue cuidaba puercos?" "Se le escaparon, don Diego iy el chaval huyó temiendo el castigo!"

Ya mozo, Francisco luchó en las guerras con su padre, y al Istmo de Panamá vino en el último viaje de Colón. Dura empresa había sido fundar ciudades: las destrufan los indios y

mataban a los colonos. Se expresó con admiración de su amigo, el caballero Vasco Nuñez de Balboa: en el otro extremo del Istmo, había visto él buenas tierras así es que fueron por ellas. Muchas batallas, dijo, costó ganar esa villa de Santa María del Darién, pero hallaron alimento, ropas. Y oro.

-Oro -comenté-: ¡lo que más se escucha en labios españoles!

-No es lo que busca Balboa -protestó-: gana las guerras sin derramar sangre, sembrando el pánico con el tronar de los arcabuces, o conquistando a los caciques con buenas palabras.

Pizarro y Balboa tuvieron las primeras noticias del Imperio Incaico por un viejo cacique. Viendo a los españoles disputar por el oro les dijo, indicando hacia el Sur: *"Si tal es vuestra ansia, contentadla en un Imperio, más allá de un mar a seis soles de aquí"*. Cruzaron con sus hombres el Istmo, abriéndose paso por monte y selva tupida. Con admiración me relató cómo Balboa, al llegar a una altura, les rogó *"Aguardad aquí ¡quiero ser el primero en ver el mar!"* Y ante el vasto océano exclamó, extasiado: *"¡lo han puesto allí para nuestro contento!"* Y para tomar posesión ¡entró en las aguas con las ropas puestas y la armadura, llevando el pendón de España en una mano y la Virgen bordada en seda, en la otra!

6. Como narra la gente del Inca el descubrimiento que tanto contentó a Balboa de ese vasto Mar del Sur, al que luego llamaron Océano Pacífico.

Siendo reina de España doña Juana, Balboa tuvo noticias del mar que lleva a nuestro Imperio.

¡Si la reina les dejara, toda Castilla se viene con tan rica nueva!...

Pues dicen que ellos en sus tierras, no cesan de decir:

-Indias, Indias, oro y plata!

Hasta dormidos, entre sueños, se les oye murmurar:

-¡Indias, Indias, oro y plata!..."

7 - En la evocación de Diego surge la mujer amada.

Un día llegó Pizarro a mi finca tan alterado, que antes de saludar exclamó:

-¡Don Diego, el gobernador Pedrarias, el que os trajo al Istmo, es un maldito!... Me envía a buscar a Balboa a la costa del Mar del Sur: ¡firmó orden de prisión contra él!

-¿Cómo -le pregunto-, siendo él tan admirado por sus hazañas?

A lo que repuso:

-Se ve, don Diego, que poco tiempo lleváis en el Nuevo Mundo: ¡hazañas son aquí destellos fugaces!... No falta quién desee opacar la gloria de quién la alcanza. O apropiarse de ella ¡como si la gloria fuera tan mezquino botín, que no pueda ser compartida!

Luego, *muy alterado* me explicó que Balboa "le incomodaba" a Pedrarias, pues envidiaba sus logros, su linaje, y hasta su bella apostura y el que le miren las mujeres. Y que, por desgracia, Pedrarias tenía mayor mando que Balboa. Y concluyó, taciturno: "Aquí, don Diego, si alguien le incomoda a uno que tiene mayor mando, va perdido"...

Grande fue en verdad la hazaña de Balboa: luego de tomar posesión en nombre del rey de aquel Mar del Sur, construyó naves decidido a explorarlo: transportó con sus hombres la

madera de costa a costa. Si gusanos y termitas daban cuenta de las naves, volvía a construir las. Al fin se hizo a la mar y llegó hasta la Isla de Las Perlas.

-Balboa -se dolió Francisco-, la flor de los que aquí vinieron ¡es ya hombre muerto!

Luego de un silencio me dice que ha venido a solicitar de mí un favor. ¡Un favor que cambió mi existencia!

-Ana Martínez -dijo-, mi india a quién conocéis, quisiera quedar a vuestro cuidado, pues la ruta es larga hasta la costa del Mar del Sur. -Ocultando mi contento, quise saber la razón de tal solicitud.- Ella nada tiene que envidiar a las damas de la Corte -dijo-, por lo que las demás indias de servicio no la quieren bien: teme que la molesten durante mi ausencia. Mucho os estima, don Diego, y confía en vos...

¡Ana, a quién tanto quise, que la muerte muy pronto me arrebató!... La recuerdo llegando a mi casa con su bello atuendo de princesa india. Con una graciosa reverencia me saluda, y me dice en un cuidado español:

-Agradezco el favor que me hace don Francisco, al enviarme a servir a vuestra merced.

-El favorecido soy yo, señora -repuse. Y se produjo un silencio, el que rompí con un cumplido-: Se ve, doña Ana Martínez, que corre por vuestras venas sangre real.

-El reino de mi padre ya no existe, ni su

gente -me dice con tristeza-. Si no están muertos, andan huidos. Ya nada nos pertenece: hasta el nombre tengo perdido y mi lengua, olvidada. -Como nuevamente se produjo un silencio, tal si una súbita atracción a ambos nos turbara, lo rompe preguntando: -¿Acaso tenéis reparo en que os venga a servir? Se diría que algo preocupa a vuestra merced...

-El pensar -le digo-, que me será difícil cuidar para otro a quién para mí quisiera.

-Don Francisco me da buen trato y me mandó bautizar -dice-, pero ello no me obliga. Si vuestra merced desea cuidarme, será entonces mi dueño.

-No para servirme os quiero, sino ¡como mujer mía! -repuse. Y urgido por mostrarle mi sentir y conocer el suyo, le pregunto: - ¿Qué piensa sobre eso, doña Ana Martínez?

Con qué gracia replica ella, evadiendo un sí o un no:

-Dicen que las españolas se guardan de decir lo que sienten...

-¿Y las hembras de estas tierras?

-Lo dicen derechamente.

-Entonces, que se oiga aquel sentir, "derechamente".

Responde ella con una dulzura que me llenó de contento:

-¿No os lo han dicho ya mis ojos?

B-Diego, en aquella evocación a la que Margarida lo induce, tiene la primera sospecha sobre la lealtad de Francisco Pizarro.

No me faltaron remordimientos al estar gozando del amor de Ana Martínez mientras Francisco, a quién habíamos despojado de sus favores, cumplía la odiosa misión de prender a Balboa por orden del gobernador Pedrarias.

Regresó tan dolido que ni siquiera habló de retomar a su servicio a su princesa india. Taciturno, me hizo un triste relato:

-Hallé a Balboa trabajando en los muelles: alzó hacia mi los ojos, y me pregunta: "¿Qué es esto, don Francisco, no solíais antes venir a abrazarme?..."

Luego, dejando salir su ira hacia el infame gobernador, se quejó:

-Pedrarias condenó a Balboa a la afrentosa muerte del garrote vil, y como si no fuera ello suficiente, mandó exhibir su cabeza en una pica, como se procede con los traidores!

-Luego de un silencio, exclamó:- ¡Juro no volver a cumplir órdenes tan cobardes, ni a callar ante una injusticia, que de ella el silencio nos hace cómplices!

-Grande afrenta le hizo Pedrarias a Balboa, don Francisco... -le comento-.

Se me queda mirando, con extraña expresión:

-Dejemos el "don" -me ruega-, que quiénes

tienen los mismos sueños e igual empuje para realizarlos, ¡han de permanecer unidos y guardarse absoluta lealtad!

Se acercó a abrazarme y conmovido, me dice:

-Desde hoy más que amigos tú y yo, Diego ¡hermanos somos!

Pero junto con pronunciar él aquellas palabras, un rayo relumbró sobre nuestras cabezas y el estruendo cortó su discurso: se desató una de esas súbitas tormentas de los trópicos que de pronto oscurecen los cielos y cruzan sus fuegos con amenazante tronar... ¡Ignoro por qué me pareció ver en aquel rayo un mal augurio! Y por qué pensé que me advertían los cielos, que me cuidase de quién se decía mi hermano, pues mucho cambian los hombres cuando se encumbran al poder... Temí, y vengo a recordarlo ahora, que quizá un día pudiese yo *incomodarle* a Francisco tal como Balboa le incomodó a Pedrarias. Pero fue aquello sólo un fugaz pensamiento, el que pronto deseché al no tener motivo alguno para dudar de Francisco.

Aunque ahora me digo que quizá ya entonces recelaba yo del humor cambiante del que iba a ser mi socio, o de cierta duplicidad de su carácter, lo que muchos hoy le reprochan. O quizá me dije que al hablarme con emoción de hermandad, sólo cedía a un impulso del momento, dolido como estaba por la condena del amigo a quién tanto apreciaba.

-¿No será ese *algo* que buscas -interrumpe Malgárida mis pensamientos-, su rencor porque lo privaste de su princesa india?

-En verdad me pareció extraño que no hablara de retomarla a su servicio. Pero nada dijo sobre Ana Martínez, ni entonces, ni después.

-Tal vez calló por orgullo -me dice Malgárida-. O porque se había enterado que Ana te iba a dar un hijo.

Pero no es lo que yo pienso. En aquellos días no se inquietaba Francisco por cosas de mujeres, sólo pensaba en explorar y descubrir aquel rico Imperio del que les había hablado un cacique. Y más aún, creció en esos tiempos nuestra amistad y me urgió para que emprendiéramos juntos aquella riesgosa aventura: acepté, pues disponía yo de los medios para intentarla y él se preciaba de tener habilidad para conseguir los permisos que entonces se requerían para explorar.

¡Y ambos teníamos, como él bien lo dijo, igual empuje para realizar nuestro sueño de continuar el descubrimiento, arriesgando vida y fortuna!

9-Almagro añora los años que vivió junto a Ana Martínez, cuando iniciaban, con Pizarro, las exploraciones.

Nos trasladamos con Francisco a la costa del Mar del Sur y, asociados con Luque, un fraile que con su saber suplía nuestra ignorancia, nos dimos a la tarea de construir barcos.

¡Fueron cuatro años dichosos junto a Ana y nuestro hijo, el pequeño Diego! Mis recuerdos, cuando entra en ellos Ana Martínez, se vuelven dulces añoranzas...

Trabajaba yo con alegría, no así Pizarro que vestía siempre de negro y tal solía ser su ánimo. Pronto tuvimos las primeras naves, "La Esperanza" y "La Santiago", y convinimos que Francisco partiría primero. Pero cuando le anuncié que su nave estaba presta a zarpar, me pregunta:

-¿Acaso dormías anoche, cuando se levantó aquel viento huracanado?

-Velaba, Francisco, aguardando un milagro. ¿No lo es este sol que reluce en la mar en calma?

-¡Dichoso -responde-, el que al ver el sol olvida las tormentas!

-Vamos -le digo-, llevas a Ruiz, el piloto de Nuñez de Balboa y el mejor del continente. ¿Qué dices, ahora?

-¡Que con razón nos llaman los tres locos, Almagro, Luque y Pizarro!

Le pregunto al piloto Ruiz si sufría Balboa tales desánimos antes de embarcar:

-¡Era una fiesta viajar con él! -exclama con nostalgia-. Cuando con el astrolabio medía las alturas, se extasiaba al ver cómo las estrellas septentrionales se perdían en el horizonte y surgían en los cielos estrellas antes nunca vistas: *"De estas aguas azules parece emanar el perfume de un mundo nuevo, intocado"*, solía decir.

Y Pizarro, evocándolo, murmuró:

-Balboa transformaba la adversidad en poesía... ¡Qué gran amigo era, y qué alegre su temperamento! -Luego agregó, con algo de pudor:- A menudo me parece sentirlo junto a mí. Como si...

-¿Como si viniera a comunicarte su fe y su alegría de vivir? -le digo, terminando su frase-.

-¡Siempre ganas tú, viejo cazurro y enredista! -se burló, que así solía llamarme cuando terminaba por darme la razón-.

10 *Los soldados de Pizarro narran sus aventuras.*

-¡Poco duró la bonanza! ¡Los vientos nos azotaron sin piedad! Bordeábamos la costa esperando avistar la "Santiago" en la que nos seguiría el Capitán Almagro, ¡sin ver otra cosa que la mar arremetiendo con furia!

-Al anclar en una ensenada, remontamos un río y, creyendo estar ya en aquel rico Imperio, nos internamos por selvas y pantanos ¡bajo lluvias torrenciales! Uno quedó rezagado al herirse un pie. El olor de la sangre atrajo millares de voraces hormigas; ¡cubrieron su cuerpo y devoraron sus entrañas antes que pudiéramos darle auxilio!...

-¡El calor hacía insoportables las armaduras! ¡Y no hallamos gente ni oro! Tomamos rumbo al sur y recalamos en la desembocadura de un río: otra vez la jungla, pantanos, alimañas...

-¡Nos negamos a seguir viaje! El capitán Pizarro envió a algunos en la nave para traer provisiones de la Isla de Las Perlas.

-¡Tardó meses! Y ahí estábamos, presa de extraños males, comiendo apenas.

-La desesperación llevó al soldado Molina a internarse en la selva. Le dábamos ya por muerto cuando se presentó a anunciar que había visto un poblado donde había maíz,

fruta y ide no creerlo! vasijas de oro que destinaban para uso doméstico... Que icómo habría éste de abundar!

-Así es que fuimos allá. Los aborígenes eran pacíficos y pudimos comer a nuestro antojo. Viendo el cacique cómo mirábamos los objetos de oro, preguntó a Martinillo en su lengua: *¿No tienen éstos tierras, que vienen a comer nuestro alimento? ¿O prefieren robar, antes que sembrar sus campos?*"

-El capitán Pizarro dijo a Martinillo: "pregunta si conocen aquel rico Imperio..." Y como si se alegrara el cacique de vernos partir, indicó hacia el Sur.

-Seguimos viaje, y a poco de navegar, anclamos en una bahía donde el clima era menos hostil.

-En un villorrio vimos grandes ollas humeantes. Corrimos a ellas a saciar el hambre: ¡apenas probamos un trozo de carne supimos, con espanto, que eran restos humanos!

-Luego vimos venir a los salvajes... ¡los caníbales!

-Al huir nos atacó una tribu de fornidos guerreros y antes que pudiéramos defendernos, cayeron sobre nosotros andanadas de flechas: ¡el que estaba menos herido cargaba al que no podía levantarse!

-El capitán Pizarro rodó por un barranco y por poco entrega el alma. ¡Siete heridas le

contamos, todas parecían de muerte!

-El barco se estremecía con los gritos de los heridos, pues unos con otros, hubimos de curarnos con fierros candentes, y para evitar la gangrena, derramar en las llagas aceite hirviendo.

-¡Cada cual lo sufrió sin cuidarse -por valor o por honra-, de gritar menos que el otro!...

-¡Como una maldición avanzaba el barco con su cargamento de condenados!

-Perdida toda esperanza, el capitán Pizarro ordenó: "¡Proa al Norte, que el Sur es el infierno!"

11 *Diego narra a su vez, lo que a él y a sus soldados que partieron en la otra nave, les aconteció.*

A los pocos días de zarpar Francisco en "La Esperanza", partimos en "La Santiago".

Procurábamos no alejarnos mucho de la costa, temiendo que la niebla ocultara una nave de la otra, pero ise cruzaron ambas naves sin avistarse!

Ana, al verme regresar con muchas heridas y faltándome un ojo, me pregunta, afligida, que cómo nos pudo ocurrir tamaña desgracia:

-¿Cómo? -le pregunto-. ¿Teníamos acaso un trazado de la ruta? ¿puertos conocidos? ¡Sólo la mar sin fin y dos naves buscándose a ciegas! Recalábamos por hallar huellas, marcas en los árboles grandes, como convenido.

-Con razón os llaman locos -exclama ella-, ¡sólo un brujo podía verlas!

-¡Brujo fui, en verdad, por hallarlas! -le digo-. ¡y eso causó nuestra perdición! Por seguir las huellas de Pizarro, caímos en una emboscada. Ordené regresar al barco, pero tardé en hacerlo y una flecha de aquellos bárbaros me dio en el ojo, el que perdí y que tan mal aspecto me da. Me arranqué la flecha, más, con ella, ¡el ojo!... Escucho que gritan del barco "¡El capitán Almagro está malherido!" A medio cegar, atacué a los que se me

vinieron encima con su lanzas. ¿De dónde saqué fuerzas? Lo ignoro. Desafié a la muerte diciéndole: "no me has de llevar aún, alevosa, que mucho me queda por hacer en estas tierras..."

-¿Eso dijiste, en semejante trance? -me pregunta Ana, asombrada-

-Sólo lo pensé, pero lo dije luego, entre gritos de dolor, cuando me pusieron en la cuenca del ojo, un fierro candente...

Y ella:

-¡Vaya modo de curar!

Pero no hay otro para escapar a la gangrena, que llaman *la muerte verde*, más despiadada por lenta y dolorosa...

¿Que cómo me libré, me pregunta, solo, y contra aquellos salvajes y con mi ojo chorreando sangre?

Milagro fue, pienso al recordarlo, pues al defenderme de aquellos bárbaros itres dedos me cercenaron de la diestra que sostenía la espada! La sigo esgrimiendo... Al cabo ¡la suelto pues grande era el dolor! Pero atino a tomarla presto con la otra y sigo luchando.

Hasta que ¡bendita sea la Virgen! Juan Roldán vino hacia mí con un negro gigante que traíamos a bordo: me cubren con sus cuerpos y acaban ellos con los bárbaros.

¡No hubo tregua!

Tomamos una fortaleza y los caseríos, donde hallamos buen botín.

Bordeando siempre la costa llegamos a una bahía que bautizamos como "Bahía de San Juan".

Fue esa tregua una gloria luego de tanto padecer: los indios seguían nuestra nave en sus canoas y, a cambio de cuentas y espejos, nos obsequiaron telas y vasijas de oro.

Regresamos, pues desde Bahía San Juan, pensando volver pronto con Francisco Pizarro.

Y he de agregar que no fue fácil conseguir un nuevo permiso del gobernador Pedrarias, pues a ése, más que nuestras fatigas le importaba recibir su parte, la que él estimaba grande... ¡y era pequeña!

Como ya Pedrarias desconfiaba de Pizarro, otorgó el permiso, por medio del fraile Luque, con una condición: que tuviese yo el mayor mando en aquella expedición.

De más está decir que a mi socio aquello le causó gran disgusto. Aunque nada dijo entonces, vino aquello a causar problemas cuando estuvimos sufriendo grandes rigores en la dicha Bahía de San Juan.

12 *Cómo veía la gente del Inca a los conquistadores.*

Cuando Pizarro y Almagro navegaban hacia el Sur, por toda la costa salían a ellos indios de guerra, atacándolos y llamándoles "desterrados, criaturas de la mar iholgazanes que en ninguna parte paran a labrar la tierra!"

El inca Atahualpa envió a sus espías a observar a los extranjeros y esto le fue dicho: "Cubren sus cuerpos de metal, semejan hermanos en el hablar, comer y vestir. No duermen y velan hablando con unas cajas de cuero que llaman libros. En la cabeza llevan ollas. Delante, las pijas colgando y atrás, larguísimas espadas. Sus bestias calzan ojotas de metal y mastican por alimento pequeñas barras de plata. Pero entre ellos hay pendencias, por rivalidad y codicia."

13-Diego evoca una reyerta con Pizarro.

Partimos pues con Francisco, con fundadas esperanzas de éxito a la Bahía San Juan. Sin embargo, al poco tiempo de paraíso que nos había parecido, se tornó la bahía en un infierno...

Los soldados me rogaban:

-Capitán Almagro, prometiste viajar a Panamá por auxilios ¿lo harás pronto?

Callé esperando que Francisco dijera lo suyo. Como tardaba en hacerlo, los soldados le preguntaron su parecer. Respondió de mal talante:

-Nada puedo decir, pues las órdenes del capitán Almagro, a quién el gobernador puso al mando de esta expedición, son las que aquí valen... Y doy por seguro que en aquel viaje busca descansar junto a su mujer y su hijo... ¡y comer bien, lo que aquí no se logra!

-¿Acaso piensas que es fácil conseguir ayuda? -repuse, más dolido que con fastidio-. ¡En Panamá nos llaman los tres locos!

Como me miró, desafiante, le lanzo a la cara mi indignación:

-¡Si me acusas de viajar por gusto ¡te acuso yo de comodidad y molicie! Viendo la aflicción de tu gente, estás ahí ¡esperando que el auxilio caiga del cielo por milagro!

Francisco, furioso, desenvaina su espada:

-¡Nadie me llama blando ni cómodo, con el dolor que he tenido que soportar! -exclama-.

Desenvaino a mi vez y le recuerdo, indicando mi ojo perdido:

-¡Todos tuvimos lo nuestro!

Y, debo decir que si no llegamos a enfrentarnos en aquella ocasión, fue gracias a que los soldados lo impidieron, interponiéndose entre sus airados capitanes.

Pizarro se retiró, sin pronunciar palabra.

Prometí a los soldados que iría por refuerzos:

-¡Procura -me pidieron-, estar de regreso antes que aquí todos muramos, capitán Almagro!

Y no fue ésta la causa de nuestro distanciamiento, pues en cuanto regresé con las provisiones, Francisco se excusó por sus malas palabras, confesando que le había incomodado el que Pedrarias me hubiese dado el mayor mando, siendo que siempre, en todo íbamos por partes iguales y con igual jerarquía.

14-Atahualpa recibe a Pizarro y su gente en la localidad llamada de Cajamarca.

Había en aquel tiempo división entre los Incas: muerto Huaina Capac, se enfrentaron por el poder sus hijos Huáscar, el legítimo y Atahualpa, el bastardo. Sacando de ello provecho, Pizarro envió mensajes al Inca ofreciéndole su apoyo contra Huáscar.

Le mandó el Inca decir que le daría mucho oro si regresaba con los extranjeros a las tierras de donde habían venido. Pizarro respondió: "Antes queremos besar la mano del Inca". Los convocó Atahualpa al pueblo de Cajamarca, donde había unos baños termales de los que él solía disfrutar. Pizarro y Almagro fueron allí.

En la plaza armaron sus toldos: aunque iban a rendir homenaje al Inca, los soldados secretamente se prepararon para embestir.

Antes que se fuera el sol vino Atahualpa a la plaza. Le dicen ellos, por el indio-lengua: "Somos grandes señores, traemos mensajes de un rey de lejanas tierras." Responde el Inca: "También soy gran señor en mi reino". Un fraile con la cruz le ordena adorar a su Dios. "No adoro a nadie sino al Sol", dice Atahualpa y pregunta que quién les ha dicho tales cosas de su Dios.

Y el fraile: "Lo dice este libro." "Dame que me lo diga", responde. Vuelve las hojas, lo lleva a su oreja: "No me habla a mí" dice y lo tira. El fraile da voces: "¡Aquí caballeros, que son infieles! ¡Arrojé a tierra los Santos Evangelios!" Y los caballeros claman: "¡A ellos! ¡Defenden la cristiandad!" Y se le van encima: de espanto, cae en tierra el Inca y todos se echan a huir porque en tan gran animal corren sobre ellos invocando: "Santa María, y Señor Santiago". Al verlos huir se dan a matarlos como a hormigas...

¡Murieron que no se pudo contar! ¡Preso quedó Atahualpa! Por rescate exigen al Inca llenar una habitación con oro y plata: quedó ésta cuajada con los tesoros del Imperio. Los que ahí entraban, parecían difuntos con el color del oro.

Pizarro pronunció sentencia de muerte contra Atahualpa. ¡Se negó a firmarla Diego de Almagro! Pero Felipillo, el indio lengua, que amaba a la esposa de Atahualpa, por ganarla para él, instó a Pizarro a que lo matara. Le dijo: "Atahualpa es astuto y despiadado: por miedo a que lo traicionaras poniendo en su trono a Huáscar ¡desde su prisión, a su hermano mandó matar! También a sus capitanes y a todos los de su linaje. Deja a Atahualpa con vida y ¡ordenará tu muerte!"...

*¡Y ya nada valió la palabra del Inca!
Pizarro lo hizo bautizar y lo mandó decapitar.
Hizo proclamar por todo el Imperio:
"Atahualpa ha muerto, mártir y cristianamente!"*

En la ciudad de Cajamarca, el Inca acabó su vida!

*Con mortal tristeza clama la Madre Reina:
"¿A dónde te fuiste, perdiéndote,
amado de mis ojos?"*

*Les diste cuanto pidieron,
sin embargo te asesinaron!*

*¿Soportará tu corazón, Inca,
nuestra errabunda vida, dispersada,
por el peligro cercada,
en manos ajenas, pisoteada?*

*Tus ojos que como flechas de ventura herían
¡ábrelos!*

*Tus magnánimas manos, extiéndelas;
y con esa visión,
fortalecidos,
¡despidenos!*

*Año de 1533: Los españoles entraron al Cuzco,
el corazón del Imperio. ¡Violaron los cuatro
caminos del Tiahuantisuyo!"*

15 — *Diego halla la causa del distanciamiento de Pizarro.*

Cuando el fraile Luque me aconsejó viajar a España para pedir los derechos sobre lo conquistado "antes que un gobernador sin escrúpulos se apodere de vuestra empresa", protesté que con mi ojo roto y mi fatiga no tendría presencia en la Corte, y que Pizarro era quién debería viajar. Me advierte el fraile:

-Cuidate, Diego. ¡Y quiera Dios que no te hurten la bendición, como Jacobo a Esaú!

Me extrañó entonces que Luque recelara del proceder de Pizarro.

-Tu bondad siempre te ha cegado -me dice Malgárida-, por lo que el Fraile trató de prevenirte contra tu socio. Y ya ves, don Francisco pidió para él la mejor parte, y trajo a sus hermanos para afianzar su poder. Y para ti ¿qué trajo de España? ese nombramiento de Mariscal y Adelantado... ¡para conquistar tierras inciertas!

-Sus hermanos decidieron venir: no los trajo él con el propósito de reforzar su mando -la corrijo-. Y en esas tierras inciertas ¡creíamos hallar mucho oro! Los indios mentían para alejarnos del Cuzco.

-...Y lo ayudaste pagando su viaje a España -murmuró, severa-. Y por tu propio relato, entiendo que siempre hiciste mucho por don

Francisco ¡y él muy poco por ti!

Como siempre admiré la claridad de juicio de Malgárida, convine en que -cegado por su buena acogida al llegar a estas tierras-, le atribuí a mi socio una lealtad que no tenía.

Así y todo, me empeñé en defenderlo ante Malgárida, diciéndole que si bien no me hizo favores, se mostró siempre como un buen amigo y que sólo ahora con su silencio, y sobre todo al mantener a Hernando en la gobernación del Cuzco, procedía como si hubiera perdido la confianza en mi persona...

¡Y de pronto aquellas palabras, "perder la confianza" actuaron como un repentina luz en mi memoria! Antes de saber el por qué de una súbita evocación, me vi en los muelles, bajo un cielo esplendoroso, admirando los arreboles de atardecer contra el horizonte del océano... cuando atracaba el barco que trajo a Francisco de España. Y como si una cortina en mi mente se descorriera, recordé nuestra charla (la que había olvidado tal vez por el mal sabor que ella me dejó): paseábamos alegres por los muelles, yo por tenerlo de regreso y oír novedades y él por la buena acogida que había tenido en España: lamentaba, decía, que no hubiese estado yo presente, en aquella espléndida recepción en el Alcázar, donde los recibió el Emperador Carlos Quinto con su corte en pleno. Me habló de cómo se maravillaban viendo desfilar a los indios

llevando los rebaños de llamos y las aves de los trópicos, y a las indias lujosamente ataviadas, ofreciendo nuestros obsequios.

-El emperador debió quedar deslumbrado -le comenté-.

-Pero mucho se dolió -dijo-, cuando le hablé de las junglas, de los pantanos, de las flechas empozoñadas y de nuestros pies corriendo sangre en estos años que lo anduvimos sirviendo. ¡Con qué admiración escucharon al ponderarles tu coraje!

-Corajudos, Francisco, para quiénes nunca salen de palacio -le recordé-. Pero ¡poco cuenta el valor de unos hombres rudos en un siglo en el que todo es admirable! ¡Grandes tiempos en el que surge un nuevo mundo bajo el firmamento!

-¡Grandes "los hombres" -exclamó él-, que los llenan de hazañas!

-¿Hazañas?... -le pregunto-. Para mí fue desgracia llegar aquí en son de guerra, siendo nuestra misión traer el Evangelio y la civilización. En verdad, vinimos a someter con violencia por mandato de un rey que no sabe de remordimientos... y de un Papa que desde Roma ordena a qué dioses han de venerar los pueblos sometidos.

-¿Cómo -se extrañó -, siendo hombre creyente, hablas contra el Papa? ¿No es eso hablar contra Dios?

-¡Hablo, Francisco, contra los que en su

nombre queman y matan! Llegamos a imponerles nuestra religión para terminar con la de los indios que exige sacrificios humanos. Dime, cuando los inquisidores llevan sus víctimas a la hoguera ¿no ofrecen también a su Dios "sacrificios humanos"?... ¿Y qué dices de las cartas que Fray Bartolomé de Las Casas le escribe al Rey, quejándose de las atrocidades de las que fue testigo?

-Bartolomé de Las Casas... -comentó, desdeñoso- Todos lo llaman "loco".

-Pero sabemos de esas crueldades ¡por haberlas cometido!

-¡De qué crueldades me hablas! -exclamó, airado-

-¿Acaso protestamos, o dijimos: a éste no lo quemamos, a aquel no lo matamos? ¿O bien, "renuncio a esta empresa"?

-Si tales ideas nublan tu mente ¡más te vale regresar a España! -sentenció el hombre y, quizá pensando que sufría yo de una flaqueza pasajera, agregó enseguida para animarme: -Vamos, socio... ¡capitanes somos! Día a día enfrentamos la muerte ganando para la Corona tierras y vasallos. ¡Dime que así lo ves!

-Veo que América suscitó ansias de poder... ¡Y de oro!

-¡Del que hay urgencia en las arcas de la Corona! Y también gana España en honra y gloria. Todo se mezcla en esta empresa. Y tú

y yo, nacidos bastardos, ganamos en títulos y cargos.

Aunque ya veía yo cuánto le incomodaba el que no estuviera de acuerdo con él sobre al proceder de la conquista, le digo, sin disimular la ironía:

-Tú, de bastardo, a "Marqués", como te haces llamar, yo, de vagabundo y bastardo ia Mariscal! Pero, me pregunto ¿valgo más ahora que cuando vagaba de recadero en mi villa de Almagro? Al menos no cargaba entonces con tantas muertes...

-Porque tienes hijos de madre india y por mujer una negra, lloras por los nativos -me acusó él-.

Luego de reflexionar, concluye:

-Guerras, siempre las hubo, Diego, y discutiendo si son o no justas, no cambiaremos la historia. Ni el modo de hacerla.

Y al preguntarle yo que cómo la historia nos había de juzgar, me aseguró que algunos ensalzarían nuestra empresa y quizá otros la condenarían. Pero que de esos dos juicios, para nosotros sólo el primero había de valer!

Insistí que en Cajamarca pudimos proceder en mejor forma:

-¿Por qué atacar al Inca que venía con su séquito en son de paz? -le pregunto-.

Me recordó él, que a unas pocas leguas aguardaba su general con cinco mil indios en

pie de guerra.

Luego de observarme en silencio me reprocha:

-¡No sé qué demonios está pesando en tu conciencia!

Con humildad le dije que sólo confesaba mis dudas a quién creía mi amigo. Que lo era, me aseguró, aunque con frialdad, y me invita:

"Ya que empezaste, itermina, Diego!"

Le hice ver, entonces, que lo que para nosotros es ley, religión y moral, no lo era para los indios, y que al imponerlas por la violencia, no es de extrañar que respondan ellos con igual o más violencia.

A lo que con voz firme, argumentó:

-¡Sólo cumplimos con una misión impuesta!

-¿Impuesta por quiénes, Francisco?... No por la gente humilde de España, sino por los que sólo desean llenar las arcas de la Corona y que muy poco se ocupan del mal vivir de la plebe. -Ante su silencio, agregué-: De sobra lo sabemos tú y yo, por haber sufrido aquel mal vivir antes de venir a América... Date^a la razón, amigo. Y di si no pudo ser ésta una bella y noble empresa.

Y agregué, notando su mirada de desconcierto:

-¿Me crees loco, como al Padre Las Casas?

-Loco no, "iluso". Siempre lo fuiste, Diego... Ciertamente que se pudo proceder en mejor forma, pero cuando vinimos a estas tierras

iya estaban dadas las reglas del juego!

Hube de confesar, a pesar mío:

-Por desgracia en ello illevas razón!

-¡Ah, al fin estamos de acuerdo! -exclamó con evidente alivio.

Y por asegurarse de que en verdad le daba la razón, me pregunta, no sin ironía:

-Dime, Diego: el Adelantado de la Gobernación de Nueva Toledo ¿se propone tomar posesión de aquellos territorios... confundido por las dudas?

-Como soldado sabré cumplir -protesté-. Es más, debo anunciarte que la expedición a los territorios del Sur ¡está presta a partir!

-¡Gracias al cielo vuelves a ser el hombre que mucho estimo! -concluyó, estrechando mi mano-.

Luego se me queda mirando y dice, lo que a mí me sonó a cosa de burla, pues no había convencimiento en sus palabras:

-¡Lástima sería, perder a un valiente Capitán a quién España tanto debe!

"¡Mayor lástima, pensé, hay de los capitanes, que para vivir hallan de matar!..."

Pensé, más no lo dije.

SEGUNDA PARTE

16 - Resueltas las dudas sobre el quiebre de su amistad con Pizarro, Diego, se prepara para entrar al Cuzco con su capitanes.

A fines de Abril del año de 1537, a muchos días de regresar de mi expedición, aún no recibía la respuesta de Francisco a mis mensajes, pero no dudaba ya sobre las muchas razones por las que se había roto nuestra amistad.

En cuanto a los rumores de sublevación en el Cozco, Saavedra, mi fiel capitán, vino a decirme que estaban los indios en pie de guerra y que Manco-Inca había puesto sitio a la ciudad. Trajo con él a Manco, para que yo le hablara:

-Manco-Inca, amigo -le pregunto-, ¿cómo es que has puesto sitio al Cuzco?

-¡Por el mal trato que me dieron más que por el oro que me quitaron! -se quejó-. Entregué cuanto tenía a Hernando y Gonzalo Pizarro, pero me seguían gritando: *Perro, daca oro o quemarte hemos. ¡Entrégamelos, capitán Almagro, y habrá paz! Si levanto el sitio, más bien ejercerán ellos su tiranía.*

Que retirase sus guerreros, le pedí a Manco, y le aseguré que iría pronto a castigar a esos "perros" que lo llamaron perro.

También vino con ellos el príncipe Paullo a presentar queja sobre el mal gobierno de Hernando. Me dice:

-Antes que llegaran los cristianos, con el Inca que era como un padre, nos holgábamos sin que nos incomodaran. Pero hoy ¡peor que a siervos nos tratan! Debemos levantar sus casas, labrar sus tierras y, en agradecimiento, roban nuestros bienes, toman por mancebas a nuestras hijas y esposas. Si eres justo como dicen tus hombres, capitán Almagro, yo, Paullo ¡seré tu aliado!

Esta y otras pruebas tuve de la conducta de Hernando. Entre ellas, un solapado intento de traición: al venir el capitán Saavedra hacia Urcos al mando de los indios, le salió al paso Hernando y ostentosamente lo abrazó:

-Buscando -me asegura el capitán Saavedra-, que los indios crean que nuestra pugna con los Pizarro es fingida, y vayan enseguida a decirle a Manco-Inca, que tenemos con ellos secreto entendimiento contra él...

Tranquilicé a Saavedra recordándole que Manco conoce bien mi lealtad, tanto como la bajeza de Hernando Pizarro.

Y este mensaje me trajo el "indio-lengua" de un joven guerrero que intentó atajarme cuando venía con mis hombres hacia Urcos, de

regreso de la expedición:

-Dice mi jefe: "Pedí a Manco-Inca que me deje exterminar a los de Chile al mando del capitán Almagro, pues son tan poco de fiar como los del Cuzco. ¡No me asustan los caballos ni el ruido de fierros! Eres valiente, Almagro, al querer entrar a nuestra ciudad con tan pocos caballeros: los míos no dejarán un solo cristiano con vida."

-Dile a tu jefe, -respondí-, que no me maravilla tanta presunción tomando en cuenta su corta edad: de haber probado, como sus mayores, las espadas de estos "pocos caballeros", hablaría con más tiento. Y hazle saber, asimismo, que Manco-Inca es mi aliado!"

17 - Diego se enfrenta a Hernando Pizarro.

Malgárida que había ido a por agua llegó asustada, las manos tan temblorosas que por poco la derrama. Le digo:

-¡Parece, mujer, que has visto al demonio!

-Lo vi, mi señor -responde:- Cerca de aquí me alcanzó ese hombre Hernando y me preguntó si estabas en Urcos. Aunque le aseguré que no te había visto ¡igual se vino tras de mí!

Y no bien lo dice, entra Hernando y la interpela:

-Si tu amo no se halla en Urcos, el que estoy viendo ¡mucho se le parece!

Con severidad, y estando en mi derecho, lo reconvine:

-¿Cómo entras, sin llamar, Hernando, a la casa de un superior?

El hombre calla sin disimular su humillación. Le pregunto, burlándome:

-¿Acaso vienes a abrazarme, como al Capitán Saavedra, para que Manco-Inca piense que lo estamos traicionado?

-Vine a saber de tus planes -replica, altanero-. Dí decir a mis soldados que "no desees romper la amistad que te une a los Pizarro".

-Luego, como si no hubiese entre nosotros enemistad, concluye:- Así es que si vas al Cuzco hará desocupar media ciudad para alojar a tu gente.

-Mal entendieron tus soldados, Hernando... No dije "la amistad que me une a los Pizarro", sino a Francisco Pizarro, el legítimo gobernador del Cuzco.

-¡Que en mí delegó el cargo! -exclama-.

-Mientras dure su ausencia... o la mía, Hernando.

Me pregunta, la mirada sombría:

-¿Cuáles son tus intenciones? A fin de disponerlo todo... io no disponer nada!

-Entrar al Cuzco, Hernando. Para asumir el cargo de Gobernador.

-¡Al diablo con tu alma, Diego!

Sonriendo ante su furor, le hago ver que no me altera su deseo para con mi alma, pero me asombra el que se enfurezca:

-Tú mismo trajiste de España las provisiones del rey en las que me asignan esa gobernación -le recuerdo-. Estoy, pues, en mi derecho para entrar al Cuzco con mis hombres.

Y como intento retirarme, me lanza su desafío:

-Id, pues... ¡que sabré daros mal reposo!

18 - Al comenzar el mes de Mayo, Diego se apodera del Cuzco,

Cuando Almagro entró con sus gente al Cuzco, vio que Hernando los aguardaba con sus capitanes, parapetado y en armas.

Orgoñez y Saavedra ordenaron disparar flechas encendidas y empezó a arder su casa. Salió Hernando a medio asfixiar, dando voces:

-¿Quiénes son los hombres viles que se atreven a atacar la vivienda del gobernador, rodeándola y poniendo fuego a sus techos de paja?

-Los del legítimo gobernador del Cuzco idon Diego de Almagro! -le dice Orgoñez y ordena que le pongan los grillos-.

Hernando, debatiéndose, les grita que el ejército que envió su hermano Francisco a pacificar a los indios, a él le dará auxilio, ya que Manco levantó el sitio.

-Manco levantó el sitio -replica Orgoñez-, al saber que don Diego te reemplazará en el cargo. ¡En el Cuzco lo han recibido como a su salvador! Como al que ha de enderezar lo que tú, Hernando, torciste...

Y al decirle Orgoñez que lo pondrán en el cubo estrecho que él mismo mandó habilitar como prisión, le grita mientras, engrillado, se lo llevan los soldados:

-¡Maldita la madre que te parió, Orgoñez!

... ¡Juro que ha de morir ese bastardo de Almagro, por el delito de usurpación! ¡Ya veremos quiénes pueden más, si los de Pizarro o los de Almagro!

Preso Hernando Pizarro, se celebró en la Plaza una ceremonia para la proclamación de Diego, y esto fue dicho por el escribano del Consejo:

"A 18 días del mes de Mayo del año de 1537 yo, escribano del Consejo de la ciudad del Cuzco, doy fe, estando presentes los señores del Cabildo, que el Mariscal y Adelantado Don Diego de Almagro fue recibido como Gobernador de esta ciudad, por virtud de una provisión real, firmada por el Emperador Carlos Quinto, Nuestro Señor."

19 — Diego debe enfrentar el ejército enviado por Pizarro.

En el mes de Junio de aquel mismo año, Alvarado, el tan anunciado capitán que venía de Lima a combatir el alzamiento de los indios, se quedó con sus hombres en la villa de Jauja donde, decían, suelen holgarse los españoles.

En mi nueva calidad de Gobernador del Cuzco, envié un caballero con una carta amistosa rogándole que regresaran a Lima. Como tardó en volver el caballero, fue un oficial por saber del mensajero y pronto vino Orgoñez a anunciarme:

-Las noticias no son buenas, señor: Alvarado no sólo puso en prisión al emisario que fue en son de paz, ¡ahora avanza hacia el Cuzco al mando de 500 hombres!

Le pido que envíe un mensajero a Francisco.

-No hay tiempo, -me dice-, pues Alvarado acampa ya a orillas del río Abancay, a 7 leguas del Cuzco.

-¿Qué haremos, entonces? -le pregunto-. Por tu sangre judía siempre te muestras el más sabio en tus consejos, Orgoñez.

-Consejos que rara vez seguís, capitán... -me reprocha-.

Y es su consejo atacar cuanto antes para impedir que entren al Cuzco. La gente de Al-

varado es cruel, dice: a su paso demuestran su poderío cortándole a los indios los brazos y a las indias sus pezones...

Le aseguro que esta vez, acepto sus consejo, que me verá cabalgar a la cabeza del ejército.

-Señor -me ruega-: antes de partir, ordenad que sea muerto Hernando. ¡Mientras esté él con vida la vuestra peligra!

-No tal, Orgoñez. Hay que enseñarle a ese hombre que existe el honor.

-¡Mi más sabio consejo desoís, señor!

-Va contra mi modo de sentir, mi fiel Orgoñez.

Al preguntar si piensa él que venceremos en Abancay, me asegura:

-Con mucho oro reclutó Alvarado a su gente ~~dice~~ pero contamos con algo más valioso, y que es la lealtad y el cariño que nos profesan nuestros soldados.

20 - *La victoria de Abancay.*

¡Vencimos en la batalla de Abancay!

Copamos las tropas de Alvarado y trajimos al Cuzco heridos y prisioneros.

Vencimos fácilmente pero ¡qué triste victoria! ¡españoles contra españoles, en estas tierras a las que vinimos para dar ejemplo y ganar en honra!

-Algunos, mi señor -me dice Malgárida-, llevan el mal donde quiera que vayan... Por defender a los Pizarro ¡éstos se han vuelto tus enemigos!

Y me prepara unos brebajes, como los brujos de su raza, empeñada en curar la maldita dolencia que contraí, por mujeriego, en mis años mozos, ¡y que de unos a otros se transmite.

Pero este mal que nos llegó de Nápoles, al parecer no tiene cura, y aquí me hallo muy a mal traer.

Pedí al capitán Saavedra que vea que los vencidos reciban buen trato: que no se tomen represalias y dejen en libertad al capitán Alvarado. Mi gente piensa que lo hago por hidalguía, pero mis enemigos ¡porque me he vuelto blando y senil! ¡Dios me dé paciencia!

-Eres demasiado generoso al no mandar ejecutar a Hernando Pizarro, como te urge

Orgoñez -me reprocha Malgárida-.

-Cierto que Hernando es hombre ruin -le digo-, pero es hermano del "marqués"... Y Francisco sólo espera que libere a sus hermanos: como un padre los quiere.

-¡Y si deciden asesinarte, los apoyará por quererlos tanto! -se burla Malgárida-: Ay, mi señor, al igual que los enamorados, a todo lo que hace ese hombre, por dañoso que sea ¡le hallas excusa noble!

Le pido que no lo juzgue tan mal pues me ha dado cita en la localidad de Malas, cerca de Lima, en unas "Vistas", que así las llaman, para convenir en un Pacto de Caballeros. Me pregunta ella que con qué objeto, ya que los españoles estamos ahora en paz.

-Supongo que es para confirmarme en la gobernación del Cuzco, y pedir que libere a Hernando, que Gonzalo Pizarro ya está en libertad. ¿No lo haría yo de tener hermanos?

-¡Te conozco! -sonríe con malicia-. Estás animoso porque verás a don Francisco!

Luego pregunta que qué dijo Orgoñez sobre la cita en la localidad de Malas.

-Que poco le agradan estas "Vistas"... Pero -agrego, para calmar sus recelos-, confío en las buenas intenciones de Francisco.

Me mira ella con recelo:

-No comprendo -dice-, que sigas creyendo en su amistad, pues ya pocos confían en la lealtad de los Pizarro.

En verdad, me cuesta creer que se haya roto nuestra amistad. Me digo que no por nada nos unen las pasadas aventuras, nuestros sueños y lo que no es poco, el peligro compartido y las muchas veces que en estas guerras hubimos de enfrentar sin flaqueza la muerte.

Le digo para calmar sus temores:

-Sé que Francisco intenta una reconciliación, como otras veces. Iré a su encuentro y lo abrazaré para demostrarle que si en algo me falló ino hay rencor de mi parte!... Pero tengo otra razón para estar "animoso" como dices: icoroné Inca-emperador al príncipe Paullo! Será mi aliado. ¿No es de maravillarse?

-Maravillarse... ¿de qué, mi señor?

-De que el rapaz que vagaba por la villa de Almagro, pasando hambre y con un destino incierto, se halle tan alto como para coronar emperadores?

21 - Las "Vistas" de Mala.

En la localidad de Malas, el Padre Bobadilla de la orden mercedaria, presidió "Las Vistas" en calidad de árbitro. Cuando entramos, anunció con solemnidad:

"Hoy se realiza el encuentro entre dos hombres magníficos, que darán curso a un PLEITO HOMENAJE DE CABALLEROS, con 12 testigos como estipulado. El marqués y gobernador del Perú don Francisco Pizarro!... Y el Mariscal, Adelantado y Gobernador del Reino de Chile don Diego de Almagro!"

Me acerqué a Francisco de buen ánimo, tendiendo hacia él las manos. Pero me hizo gran desaire, volviéndome groseramente la espalda como si fuésemos dos extraños, y tomó asiento sin dar señas de haber reparado en mi amable gesto. Al indicarle Bobadilla que, siendo él el convocante, debía hablar el primero, me dice con tono seco:

-Ya imaginareis lo qué tengo que deciros, don Diego.

-¿Por qué el trato solemne, marqués? -le pregunto, ocultando bajo la burla, mi decepción-

-¡Por mi descontento por la prisión de Hernando! Y más imperdonable aún es que hayáis desatado la guerra civil atacando al

capitán Alvarado que fue a combatir, no a los españoles, sino a los indios. ¡Con ello habéis roto una amistad que debió crecer con los años!

Reprimiendo mi molestia, le pregunto si aquello es todo lo que tiene que decir. Luego de un cargado silencio, responde:

-Por no dar mala imagen de los caballeros de rango asentados en América, seré magnánimo: firmaré un "pleito homenaje" por el que se os concede la gobernación del Cuzco mientras llegue confirmación de la Corte. .

Bobadilla me ruega que diga lo mío. Tardo en hacerlo.

-¿Algo os impide hablar, Mariscal? -me pregunta-.

-Sí tal, Padre Bobadilla: el ver que este hombre me trata como a un extraño y habla de "ser magnánimo", cuando, según escritura y juramentos sobre la hostia consagrada, y en virtud de una hermandad y una vida de luchar juntos, todo lo que él y yo poseemos es nuestro por partes iguales!... Vine a estas "Vistas" dispuesto a abrazarlo, aunque razones me sobran para sentir rencor, pues icon poco disimulo se fue apropiando de lo que a ambos nos pertenece! -Y ante la extrañeza de Bobadilla, le explico:- La gobernación del Cuzco es mía por decreto real, estando dentro del territorio que me fue asignado. Quise entrar al Cuzco en son de paz, pero sus

hermanos me lo defendieron...

-Si ellos, siendo apenas mancebos, os lo defendieron ¡mejor os lo defenderé yo! - interrumpió, airado, Pizarro-.

- ...Dándome motivo para prenderlos -prosi-go, ignorando su amenaza-. Por ello, entré con legítimo derecho, como Gobernador.- Y agregué, dirigiéndome a Bobadilla:- ¡Siento haber acudido a estas Vistas y haber creído, ingenuo de mí, en la lealtad de Francisco Pizarro!

-Buscáis que os insulte... -me dice él-.

-Puedes llamarme viejo y tuerto ¡pero nunca desleal!

-¡Vete al infierno! -me grita, fuera de sí-.

Bobadilla nos interpela:

-Caballeros, ¡tened vuestra lengua!

-Terminemos -dice Francisco, y me ordena:- Dejad libre a Hernando ¡de otro modo os resultará daño!

Entra en ese momento uno de mis hombres a prevenirme que afuera aguarda Gonzalo Pizarro, con la clara intención de prenderme.

Me retiré en el acto, sin molestarme en dar excusas.

22 — *Diego se duele con Malgárida por lo ocurrido en Malas.*

— ¡Los hombres han olvidado el respeto y la moral! — le dije a Malgárida por lo sucedido en aquellas Vistas... No sólo me afligió el mal trato de Francisco, ahora me anuncian que capturó el barco que envié al Rey. Es más ¡retuvo las cartas y se apropió del oro!

Me reprocha ella que halla dejado en libertad a Hernando: "Porque no deseo, le digo, que me juzguen tan ruin como los juzgan a ellos!... ¡Dios quiera, mujer, que antes que vengan a condenarme, me llegue la muerte!"

Que cómo puedo hablar así, se queja, haciendo un conjuro con sus dedos para alejar la fatalidad. "¿Cómo debo hablar sabiendo que hay enemigos al acecho esperando que caiga sobre mí la mano de la justicia?" ¿Que de qué justicia hablo? De la que así nombran los que detentan el poder...

Agobiado por el cansancio y por este mal que me aqueja, le ruego que cuando regrese mi hijo don Diego el Mozo, si no me halla con vida, le diga que si su padre quedó con un ojo menos y la cabeza por muchas partes quebrada por servir a España, y a cambio sólo tuvo condena ¡no lo considere injusto! Que fue por entrar tierras ajenas y ocuparlas en nombre de un rey, que ni las conoce ¡ni de

nosotros se cuida! Y si en mi testamento deajo a Su Majestad oro, plata, naos, tierras y bienes que con Francisco poseemos por mitad, no es por favorecer a la Corona isino por otra causa! La de obligar a Francisco a entablar interminables pleitos ante los sabuesos de su Majestad para tocar algo en mi legado. ¡Lo volverán loco! Por cariño solía llamarme "viejo cazurro y enredista"... "Buena herencia, dice, le dejas a tu hijo: iremordimientos y venganza!" "Y algo más, mujer: su padre, nacido bastardo, le deja un nombre y títulos bien ganados... Y no han de extrañarse si en mi lápida lee esta inscripción:

Aquí yace el Adelantado manchego, don Diego de Almagro, de quién no quedó más memoria que la de una que otra hazaña y la gran lástima de su muerte."

23 *Hernando vuelve al ataque.*

Vino Orgoñez a decirme: "¡Mal hiciste, señor, en no dictar la condena de Hernando Pizarro: ¡Marcha hacia el Cuzco a la cabeza de un ejército!"

No me sorprendería que quién lo envía sea Francisco, pues aquel nunca da la cara. Es más, acaba de proclamar que, por decreto, la Reina le otorga la gobernación del Cuzco ¡esto es el mando del Perú! siendo que sólo ha escrito rogando que dejen de enfrentarse sus capitanes. Ya es común el dicho: "Piensa mal y acertarás ¡pero con los Pizarro, aciertas más!"

Cuando le menciono a Orgoñez el pacto de caballeros, con el Fraile y el Juez, me dice que el "caballero Pizarro" compró al fraile y al juez y está comprando a nuestra gente: esta vez traen arcabuceros venidos de España. Junto a Hernando, viene al mando el Capitán Alvarado a quién hice mal en dejar libre.

El Príncipe Paullo vino a ofrecerme alianza:

-Dispongo, dijo, de un poderoso ejército. Ordena, capitán Almagro, y le cerraré el paso a los de Pizarro ¡antes que entren al Cuzco!

Agradecí sin aceptarlo, pues si derrota con su ejército a los españoles ¡se darán cuenta los indios que unidos pueden recuperar su

Imperio!

Se queja Orgoñez que esta vez será difícil vencerlos. Le propuse fortificar la ciudad y cortar todos los puentes, pero piensa él que hay ventaja en combatir en descubierto para que actúe la caballería: el valle de las Salinas le parece el indicado.

Pedirá a Paullo que aguarde con su ejército en los cerros, atento a auxiliarnos si nos ve en peligro.

Rogué a Orgoñez que tome el mando ya que mi mal se agrava, y que envíe soldados para que me lleven a las Salinas en andas, pues deseo estar allí para dar ánimo a mi gente.

Al oírlo, Malgárida se echó a mis pies, suplicando:

-¡Mi señor no vayas!

-No sólo deseo estar en Las Salinas, mujer, -le digo-, para dar aliento a mis hombres...

-¿Y qué otra razón tendrías?

Vacilo en decirlo, para no afligirla, pero ella insiste en saberlo.

-La otra razón es que, de perderse esa batalla... ¡más me vale morir en ella!

La voz quebrada por el llanto me ruega:

-¡No te me mueras, mi señor! ¡No te me mueras..!

24 "LA BATALLA DE LAS SALINAS"

Garcilazo de la Vega en sus crónicas narra así la batalla de las Salinas:

"Unos y otros pelearon como bravos con gran mortandad de ambas partes y se hirieron y mataron con desesperación, como si no fuesen todos de un mismo origen y religión, sin acordarse que fueron compañeros de armas para ganar aquel imperio, con tanto trabajo como lo ganaron. Duró la pelea sin reconocer la victoria mucho más tiempo del que debía, pues los de Almagro, inferiores en número, eran iguales en valor a los de Pizarro. Y así resistieron la pujanza del enemigo y la ventaja de los arcabuces a costa de sus vidas."

25 — *Almagro, prisionero de Hernando Pizarro.*

Heme aquí en el cubo estrecho en el que, gozándose de su venganza, Hernando me puso...

¡Ese chacal ha vuelto a tomar el Cuzco!

¡No habrá tregua! A Orgoñez, que murió con honra en la batalla, lo hizo degollar y exhibió su cabeza en una pica... Los indios de Paullo que estaban apostados en las colinas, en lugar de acudir a auxiliarnos idanzaban de contento viendo a los cristianos matarse entre ellos con tal saña! Luego bajaron a repartirse el botín como si suya fuese la victoria... Saavedra envió por mí, pero se adelantó Hernando, para tomarme prisionero. ¡Lástima fue no morir en la batalla de las Salinas!

Fray Pedro, un religioso de la orden de los mercedarios con quiénes siempre tuve amistad, vino a atenderme. Mi mal se agrava y no han permitido que Malgárida me visite, trayendo medicinas. Me dice el fraile para animarme:

-Has sido generoso con la orden de los mercedarios, hijo y oramos por la salud de tu cuerpo y de tu alma.

-Se lo agradezco, fray Pedro, pues mi cuerpo está mal, y peor mi alma con los remordimientos... -Pregunta por qué los remordimientos. -¿Acaso -le digo-, manda Dios someter y

matar a los que adoran otros dioses? Hacemos como los romanos que echaban a los cristianos a los leones. -Como pone su mano en mi frente, le advierto:- Tengo calentura, Fray Pedro ipero no deliro!

Sonríe, el fraile, y dice, por tranquilizar mi conciencia:

-Se han visto abusos y violencia, Diego, pero tu corazón es noble y has procedido bien, iobedecías las órdenes de tu Rey!

-¿Es "noble", Padre, obedecer órdenes de exterminio?

-¡Dios nos libre! Si caímos en guerras, no fue la intención de los capitanes... ¡Ni de nuestro soberano, que Dios guarde!

-El Rey mandó "colonizar pueblos primitivos, evangelizar para salvar almas". ¡Pero ya ve usted que la codicia pudo más!

Se queda él pensativo. Piensa que hay quiénes desconocen, por su ceguera, lo que hasta un lobo entiende. Le recuerdo aquel dicho, que parece cosa de burla: *"el que pasa a las Indias se convierte en hombre nuevo"*. Pero él halla para todo explicación:

-No te extrañes, hijo, que así se den las cosas, pues antes que los Reyes Católicos erradicaran los feudos, los grandes señores guerreaban sin tregua y trataban a sus siervos como a esclavos. Y, por desgracia, el pasar de un mundo a otro ino cambia los malos hábitos!

-Conocí unos indios -le digo-, llamados "mapuches", que habitan al sur del Reino de Chile: ide ellos tendríamos mucho que aprender, Fray Pedro! Conviven con la naturaleza, le hablan a los árboles y a los pájaros... Viven libres y en paz gozando de su entorno. No escriben poemas, no conocen la escritura, pero ¡hablan en poesía! En su lengua "yo te amo", se dice: "mis ojos están abiertos para tu luz"... Y ¡llegan los cristianos y violan a sus mujeres!

-¡Los malos cristianos, hijo! -exclama, ofendido-.

-Ni los buenos ni los malos cristianos, se acuerdan de la religión al tratar con los nativos. Tampoco saben ver que los indios en algo les llevan gran ventaja: ¡desconocen la codicia que tanto daño nos causa!...

Tarda el fraile en hallar respuesta, al fin argumenta:

-Desconocen la codicia, hijo, por ser un pueblo primitivo e ignorante. Aquello los salva de tan feo pecado. Pero nuestra cultura es otra, pues nacimos en un siglo en que la humanidad crece en ciencia y saber...

-¡Y pocos con ello se benefician! -lo interrumpo-. Junto a quiénes gozan de tal progreso ¡cuántos males que la ciencia no sabe remediar! Y no diga que es cosa de Dios. Es cosa de los hombres, Padre.

A punto de ver en ello escándalo, me pre-

gunta si dejé de creer en Dios.

-El de ellos bien vale el nuestro, Fray Pedro.

Me pregunta, con temor, si me he convertido a ese dios pagano. Le aseguro yo que conservo mi fe pero... ¿por qué habríamos de imponer-sela a ellos? A lo que me responde que por la evangelización, la que ha de salvarlos de la barbarie.

Quizá lo ciega su fe, pues ya hemos visto cómo el español que viene a América olvida esa misión: sólo le importa conseguir oro y vasallos. ¡Y poder!

Al preguntarme el buen fraile si estoy necesitado de confesión, le abro mi alma:

-Yo era hombre humilde, Fray Pedro -le confío, presa de remordimientos- Y aquí estoy, en este cubo, engrillado: ¡justo castigo por mi ciego empeño en ganar una gobernación!

En vano me conforta él diciendo que si me refiero a la gobernación del Cuzco, estaba yo en mi derecho.

-¿De cuál derecho me habla, Padre? ¿El de arrastrar a otros, por algo que creía merecer, a matar y morir en una guerra entre hermanos? ¡No perdonará Dios tanto pecado!

Y él, que para todo tiene seguras respuestas, me reprocha:

-Más pecas, hijo, al dudar de su misericordia: sabemos que en su inmensa bondad,

Dios perdona al arrepentido

Y enseguida me ruega que permita que en nombre de ese Dios me absuelva de mis pecados. Dócil, hincó la rodilla en tierra para recibir su absolución imás por su tranquilidad que por la mía!

Luego me conforta diciendo que es posible que también los que administran justicia me absuelvan, pues ha de probarse mi inocencia.

-No, Fray Pedro ¡Hernando me condenará... de ello no tengo duda!

-Aún puedes recurrir a don Francisco. -me anima-

-¡Sería inútil! ¡Quizá es él quién me condena!

Pero si algo me he propuesto, es el no mostrar debilidad ante ese ruin de Hernando. A pesar mio, dejé salir mi rencor:

-¡No es esto hacer justicia, Fray Pedro, sino una vil venganza! ¡Odio a Hernando Pizarro con toda mi alma!

-Debes perdonar, Diego, como buen cristiano -me dice-

-Fray Pedro ¡no me pida tanto!

Me mira, melancólico, compadecido de mi suerte y me pregunta al salir si algo me hace falta:

-Sí, tal: ¡que venga Hernando! Le ruego que le haga usted saber que deseo hablarle!

26 - De cómo hablaron por última vez Almagro y Hernando.

Entró Hernando sin disimular su contento al verme engrillado en el mismo cubo donde antes lo mandé recluir. Me dice, como si en mi casa lo recibiera: "Me mandaste llamar, aquí me tienes." Retuve mi encono y, sereno, siguiéndole el juego, le digo: "Es justo que sepa la suerte que me espera." Y él, que habían descubierto el túnel que estaban cavando los padres mercedarios para mi fuga, túnel del que no tenía yo noticias.

-Dales en mi nombre las gracias, Hernando...

-¡Te burlas! -exclama-. Pero, debido a aquel plan de fuga se apresuró el juicio: ¡ya está dictada la sentencia!

-¿Se dictó... o la dictaste? Porque si la dictaste, sé que llegada es mi última hora.

-Aciertas. Y ordena tu alma, pues un tal Diego, llamado de Almagro, por bastardo, fue sentenciado a muerte.

-¿Motivo? -le pregunto, más luego lo hallé yo mismo:- No hace falta que lo digas: "te incomodo". Teníamos un dicho con Francisco: "tu vida nada vale si incomodas a uno que tiene mayor mando". Pero ¡tú, Hernando no lo tienes para condenarme!

El se solaza al oírlo y toma su tiempo para replicar:

-En Abancay me ganaste el derecho a gobernar. En las Salinas, en buena ley lo recuperaré. ¿Deseas saber el motivo? Alzamiento, usurpación. Igual cargo que a mí me hiciste. De ti aprendo.

-¡Apréndelo bien, entonces! pues aunque mis capitanes me lo rogaron ¡me negué a dictar tu sentencia de muerte!

-Fue un error, pues uno de los dos aquí está sobrando. ¡Ni en este cubo, ni en un continente, cabemos tú y yo, Diego!

Deseos tuve de lanzarme con mis pocas fuerzas contra él y darle en el rostro con los grillos que mandó poner en mis muñecas. Me contuve y sólo le hice ver que me mandó poner en este cubo sinr tener autoridad, y que me está condenando a morir fuera de toda justicia.

-Cálmate, Diego -me dice retirándose, atemorizado ante mi ira, echando mano de su espada, y agrega, burlón:- ¿Tanto te altera la idea de morir?

-¡Lo que me altera, Hernando, es enfrenarme a un ser tan ruin! ¡Olvidas que fui yo el primer escalón por el que los Pizarro treparon tan alto!

-Ello incumbe a Francisco que en tal cargo me puso.

-Entonces... envíame a Lima para que él me juzgue. Y si del que conmigo en dura lucha ganó este reino me llega la condena ¡me

conformaré!... lamentando mi mala fortuna. Pero que no me llegue de un advenedizo, uno que vino a este Continente cuando ya todo estaba asentado iy se encumbró sin padecer!

-¿Me llamas advenedizo, en estas tierras en las que cualquier labriego, cualquier bastardo puede tornarse capitán?

Ignorando sus razones, prosigo:

-Y si aquello no te cuadra envíame a España! Su Majestad sabrá castigarme si cometí delito.

Luego me di a pensar, y se lo dije, que morir no me podía importar, ya que por mis dolencias, y mi vejez tan trabajada, igual iba a dejar pronto este mundo.

-Entonces- dice, sin dejar el tono de burla-, veo que para ti es igual que lo decida yo o lo mande el Rey.

-Ahí yerras, Hernando, pues el bien que nos depara el destino, o las desgracias, mejor nos viene de quién se ama o se respeta iy no de alguien a quién se desprecia!

Al no tener mejor respuesta, se vuelve para salir.

Le pido que aguarde, que aún todo no está dicho.

Me mira altanero, y me pregunta si lo que me queda por decir, es rogar por su perdón.

-¿Rogar a un traidor? ¡Mal me conoces, Hernando! ¡Tantas veces vi la muerte cara a cara!... Con la espada en alto no se la

siente venir ipero sí, cuando vas a morir indefenso en manos de un hombre sin honra y sin moral!

-¡Tienes muchas palabras! -exclama, rabioso-.

-...¡Que dicen verdad y a los cobardes hieren!

Corto de argumentos y gozándose por su cobarde sentencia me anuncia:

-Mañana morirás por el garrote vil. Encomienda tu alma a Dios, Diego de Almagro.

Quizá fue tan duro el golpe, ya que el garrote vil se reserva a los traidores, que ante tanta injusticia se embotaron mis sentidos. Me invadió una extraña calma.

-Perdida ya la mente -le digo-, garrote vil o lo que sea, no sabré en ese momento si mi corazón se detiene por una u otra causa.

Guardó silencio, luego pregunta:

-¿Quieres hacerme creer que no te importa morir?

-Me importa -le digo-, ino estar con vida!... Para saber si lo que unos cuantos soñadores aquí emprendimos ifue para bien o para mal!

-Detente, que me vas a hacer llorar -replíca-.

Sin hacer caso de su ironía, agrego:

-¡Y por saber cómo vas a pagar este crimen!

Y al abrir las rejas para salir, le grito:
"Envíame al que ha de recibir mi testamento,

Hernando.. y ¡prepara tu verdugo!"

Sólo ya en la celda, sin la menor esperanza de librarme de la venganza de Hernando, sentí flaquear mis fuerzas. Me invadió un cansancio infinito, pues llevo ya unos días sin dormir.

Bendigo el sopor que me invade...

Recuerdo a la mujer amada que al morir tan joven, quedó en mi memoria en todo el esplendor de su belleza. Como si ante mí la viera, le hablo con ternura:

-Ana querida, tú eres todas las mujeres que amé... y que me amaron. Y a quién pude decirles: *mis ojos están abiertos para tu luz...* ¡La muerte al tener tu rostro, ya no la temo! ¡Más bien me parece un premio que los cielos me conceden!... ¡Ven, pues, muerte! Quizá entrar en ti ha de ser como surcar un vasto océano de aguas mansas... sin barco, ni astrolabio...

* * *

EPILOGO

Mientras el Padre Bobadilla lee el testamento de Diego, Malgárida, le habla a su señor.

-Yo, el Padre Bobadilla, ante la tumba del que sufrió injusta sentencia, doy lectura a su testamento:

"In Dei nomine, amen. En esta "Carta Codicilo", yo, el Adelantado y Mariscal, Don Diego de Almagro, Gobernador y Capitán General de los reinos de la Nueva Toledo, preso en este cubo por mandato de Hernando Pizarro y estando en mi entero juicio, ordeno mi última voluntad: Item, que Malgárida, mi esclava negra, por el mucho servicio que le debo, continúe libre, como yo, desde ya la tengo..."

-*"Libre y tan dolida, mi señor!"* murmura Malgárida, arrodillada sobre la tierra que cubre el cuerpo de su amado, besando la rosa encarnada que sobre su tumba deja.

"...Y que a mi hijo don Diego el Mozo, le

den nueve mil pesos oro y las casas que en esta ciudad del Cuzco me pertenecen..."

Y le parece a ella verlo itan gallardo!...

- "Capitán, le clama ¿cómo me dejas en este viaje sin retorno?"

Y recordando sus palabras, como si él, respuesta le diera, le parece oírle decir:

"No estés triste cuando me ausente, mujer. Piensa que este rústico guerrero hallará la paz en su muerte ipues sólo con la suya habrá de cargar, y no con tantas como pesan en su conciencia!

"... Y a doña Isabel, la hija que tuve de Mencía, mi india, mil pesos oro para entrar a un convento. A las mujeres e hijos de los que murieron defendiéndome en las Salinas, den lo que con mi albacea acordé. Para terminar agrego "que pasé por los trabajos, la fatiga, la opulencia, el placer, el valor, la fama y gloria y ahora a la tierra donde fui formado, he de tornar..."

"A la tierra he de tornar..." le solía decir su señor. Y Malgárida recuerda sus palabras, como si en esa hora aciaga se las repitiese para darle consuelo:

"Entonces mi sangre, hecha savia, trepará por los árboles y viajará a las alturas, desde donde veré estas tierras, donde sufrí y tuve contento, y la tierra donde nací ¡como una sola! Y el mundo, que tan vasto nos parece, desde los espacios infinitos será apenas un punto luminoso, no mayor en tamaño que las estrellas que ven tus ojos, Malgárida. Las que mirabas por las noches, cuando a mi tristeza dabas consuelo, y a mi soledad, compañía..."

Secando sus lágrimas, clama, con dulzura, alzando al cielo su mirada:

-¡Y yo, mi señor, en las estrellas te he de buscar!

Y termina su lectura Bobadilla:

"... Y que Dios reciba en su infinita misericordia, el alma de uno de ESTOS INFELICES CAPITANES, QUE NO FUERON CAPACES DE VIVIR SIN SU MUERTE E LAS AJENAS..."

* * *